

ISABEL GARCIA-ZARZA

*Diario
de una madre
imperfecta*

LA MATERNIDAD CONTADA

SIN PELOS EN LA LENGUA



Diario de una madre imperfecta

Isabel García-Zarza

© Isabel García-Zarza, 2010, 2012

Primera edición en papel: Editorial Viceversa, S. L., 2010

Primera edición en formato electrónico: julio 2012

Basado en el blog *Mi vida con hijos*

Ilustración y diseño de portada: Sara Ortiz Lull

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción o transmisión en todo o en parte por ningún medio sin el previo permiso escrito de la autora.

*A mis padres. Y a mis hijos,
fuente inagotable de inspiración,
y de alegrías.*

Introducción

«¿Por qué tengo que querer yo a este niño al que no conozco de nada y que no para de llorar?» Una amiga mía me confesó, avergonzada, que ésa fue la primera pregunta que le vino a la mente después de tener a su primer hijo. Cuando yo tuve al mío, esas mismas palabras, que en su momento me habían parecido escandalosas, resonaron en mi cabeza. Y, como ella, me sentí casi un monstruo por pensarlo. Ya durante el embarazo me había dado cuenta, con cierta consternación, de que no sentía esa dicha ilimitada que supuestamente debía embargarme en cuanto el test de embarazo dio positivo. ¿Acaso era yo un bicho raro? De hecho, mi actitud fue tan fría durante los nueve meses que el padre de la criatura llegó a temer que repudiara a nuestro hijo cuando naciera. No lo hice, pero tampoco me avergüenza reconocer que tardé más de un mes en sentir algo parecido a eso que llaman «instinto maternal». Que el bebé llorara día y noche durante sus primeras semanas ciertamente no me ayudó. Además, durante ese tiempo descubrí que existe un periodo llamado posparto del que nadie, absolutamente nadie, me había hablado. ¿Por educación? ¿Por no quedar mal? ¿Por temor de no haber estado a la altura?

Entonces fue cuando empecé a sospechar que a lo mejor nos habían vendido una película almibarada con la que no todas nos identificamos, un molde en el que no siempre encajamos. Quizá no te sientes radiante por estar embarazada, incluso odias la barriga y hubieras preferido no pasar por este trance, o puede que hasta hubieras cedido gustosamente el privilegio del embarazo. Disfrutas muchísimo con tus hijos, juntos lo pasáis como los indios y, sin

embargo, hay momentos en que darías cualquier cosa por perderlos de vista, los subastarías o los venderías a peso en el mercado. Pero no por eso eres peor madre. Quieres a tus hijos como la que más, harías y, de hecho, haces cualquier cosa por ellos, y no rebobinarías nunca aunque eres consciente de que te has metido en un lío muy pero que muy grande. Puede que la maternidad esté sobrevalorada o, cuando menos, sobredimensionada. Te la venden como una ruta sin desvíos, directa a la felicidad; y, una vez que te has lanzado a ello, piensas que tú te has debido de perder en el camino. Sobre todo, cuando llevas varios días (o varios meses, y ya ni te cuento si son años) sin dormir bien, sin tiempo de nada, y tus hijos tienen un día malo —que todos lo tienen de vez en cuando— y no quieren cenar, ni recoger, ni hacer los deberes, y sólo saben llorar, porque están tan cansados que no pueden hacer otra cosa que llorar. Tú tratas de ser comprensiva o comprensivo; al fin y al cabo son pequeños, están cansados y madrugan mucho para ir al cole, y el pequeño está celoso de su hermana; pero, nadie te comprende a ti y ganas te dan de ponerte a llorar tú también —y a lo mejor así hasta te hacían más caso— y decir que tú tampoco recoges, ni cenas, ni te bañas.

Todos hemos crecido rodeados de mitos, convencionalismos y prejuicios. Por eso cuesta darse cuenta de que cada experiencia de la maternidad —y de la paternidad, claro está— es completamente diferente. No hay dos iguales. Ni siquiera para la misma persona. Con cada uno de mis tres hijos, yo lo he vivido de manera distinta. Y en ningún caso como me lo habían vendido. Unas veces ha sido peor, y muchas otras infinitamente más maravilloso de lo que nunca me habían contado ni había podido imaginar. Pero lo más sorprendente de todo, para bien y para mal, ha sido el descubrimiento de esa faceta mamífera que tenemos latente.

La mayoría de nosotros se ha lanzado a esto de la crianza sin previo aviso y sin preparación. Como si un día te

levantas y te regalan un coche, en tu vida has conducido uno, no tienes ni idea de cómo se arranca ni del código de circulación, ni siquiera sabes si estás en un país donde se conduce por la izquierda o por la derecha, y aun así nada te arredra y son tales tus ganas de conducir que te lanzas a las calles con él. Curiosamente, nadie lo evita. Pues, para la mayoría de los mortales, tener un hijo viene a ser casi lo mismo; aunque, ahora que lo pienso, en nada se parece un bebé a un coche y quizá no sea ésta la comparación más acertada. Nos lanzamos a ello sin pensarlo mucho, a ver qué pasa. Lo peor es que, hasta que no te ves metido en faena, no sabes qué tal se te da esto. A los que quieren adoptar un niño les hacen pasar unas pruebas de idoneidad en las que deben demostrar su aptitud para hacerse cargo de un menor. En cambio, los que tenemos hijos naturales nos lanzamos a esto muchas veces sin saber si estaremos a la altura. El único consuelo es pensar que los demás también lo hacen (como cuando te pones a conducir por primera vez).

A menudo no sabrás muy bien qué hacer con tu hijo. Porque, además, los padres estamos sometidos a mensajes contradictorios sobre cómo criar y educar a nuestros retoños. Nos dicen que hay que cogerlos en brazos cuando lloran, pero también que no se nos ocurra hacerlo. La mayoría de nosotros, sin saber muy bien qué hacer, unas veces los cogemos, y otras no, según el humor que tengamos. Y no sabemos si dejar que se duerman llorando o besuquearlos en nuestra misma cama hasta que se queden dormidos; si ser muy estrictos e inflexibles, o acabar cediendo. Según el día, hacemos una cosa u otra. Hay muchos momentos en que nos encontramos completamente perdidos, tanto como nuestros hijos, porque al fin y al cabo, como un día Mafalda, ese gran pozo de sabiduría, respondió a su madre: «Si es por antigüedad, que quede claro que yo me saqué el título de hija el mismo día que tú el de madre», o algo parecido. Y así vamos encontrando el camino prácticamente a

ciegas, con mucha improvisación y, sobre todo, muy buena voluntad.

Tengo un amigo, fantástico padre de una fantástica familia numerosa, que asegura que tener hijos te hace mejor persona, y que por eso, cuantos más tienes, mejor persona eres. Yo debo de estar hecha de una pasta diferente y por desgracia la maternidad no me ha hecho mejor, pero sí más fuerte e infinitamente más poderosa, que para algo he desarrollado superpoderes (pensamiento múltiple, visión lateral y periférica, brazos de cefalópodo, resistencia al insomnio y al agotamiento extremo...). Y, por encima de todas las cosas, me ha hecho sentir la persona más afortunada del planeta. Puede que parezca absurdo, pero he considerado un ser especial y único a cada uno de mis hijos desde el día en que nacieron, y con cada uno de ellos me siento una auténtica privilegiada por haber sido elegida, entre todos los millones de personas que pueblan la Tierra, para hacerme cargo de él.

Y es que, una vez superado el parto, el posparto y encarrilada la lactancia, tuve que dar la razón a alguien que me había advertido que, cuando tienes un hijo, te enamoras perdidamente de él. Eso me ocurrió con el primero y, cuando pensaba que nada podría volver a ser igual y que algo tan mágico nunca podría repetirse, me enamoré de nuevo perdidamente del segundo. Es más, cuando aún no había superado esa fase, llegó la niña para demostrarnos una vez más que se puede querer muchísimo y locamente a más de una persona. Y así pasé de primípara añosa a múltipara, términos ambos de una crueldad sonora sin igual y que parecen más destinados a aves rapaces en extinción que a seres humanos. Aprovecho para lanzar desde aquí una campaña para que se dejen de usar estos términos. La Sociedad Española de Ginecología y Obstetricia debería reemplazarlos por otros menos crueles y más acordes con nuestro tiempo, en deferencia con esta multitud de mujeres

(la mayoría, hoy en día) que hemos decidido tener un hijo bien entrados los treinta, y después otro y otro.

Y eso que tener hijos supone un grave riesgo para la labor profesional, la vida social y sexual, las relaciones de pareja, el desarrollo intelectual, la integridad física, etc. Pero, aun así, es una de las aventuras más maravillosas en las que nadie puede embarcarse. Desde hace siete años, vivo sumida en una locura y una vorágine que no ha hecho más que intensificarse con la llegada de cada nuevo miembro de la familia. Agotada física y mentalmente. Sin tiempo para nada. A veces, tengo la impresión de que me ha secuestrado una banda de pigmeos descerebrados que me tienen sometida a su voluntad. Sin embargo, no me dejaría rescatar nunca.

No conviene generalizar, ni pontificar. Pero sí desahogarse. Por eso empecé a escribir mis alegrías y pesares en un blog. Como quien tira una botella al mar. Descubrí que era una verdadera terapia, mucho más barata y cómoda que ir al psicólogo, y que podía incluso recurrir a ella de madrugada entre un biberón y otro. Para mi sorpresa, pronto pasó a ser también una catarsis colectiva para muchos otros padres y madres, unos primerizos, otros reincidentes, pero todos desbordados y maravillados a partes iguales por la aventura de la crianza. Así, me sentía acompañada. Y me causó un gran alivio saber que no era yo el único bicho raro que pensaba de esta manera. Naturalmente, como cabía esperar, no todos los lectores han sido, ni serán, tan solidarios ni tan comprensivos. Ha habido quien me ha llamado y me llamará «madre desnaturalizada», y quien me ha acusado de estar dando una mala educación a mis hijos. Tal vez tengan razón. No lo niego. Una hace lo que puede. Con su mejor voluntad. Y, aun así, puede que con frecuencia me equivoque.

Del blog surgió la idea de este libro. Para seguir desahogándome, supongo. Y para compartir otra visión de la crianza y de la maternidad. Ni mejor ni peor, pero sí distin-

ta. Y sin ninguna intención ejemplarizante, y menos aún proselitista, algo a lo que somos muy dados todos los que tenemos niños: animamos a los demás a que se reproduzcan, supongo que para consolarnos pensando que todo el mundo lleva nuestro extenuante ritmo de vida.

1

En estado de shock: de la concepción al túnel posparto

Tic-tac

Admitámoslo: el reloj biológico existe. Durante años, todas (o muchas) tratamos de negarlo pensando que es una cuestión puramente social para impulsar a las mujeres a tener descendencia y perpetuar la especie, una convención que nosotras, mujeres educadas para convertirnos en exitosas profesionales, podremos eludir fácilmente gracias a nuestra formación y todo el mundo que tenemos. Hasta que un día, normalmente pasada ya la treintena, de repente se pone en marcha sin previo aviso ese reloj que llevabas camuflado ahí dentro. Y empieza a sonar y a correr, inexorable como el de una bomba de relojería. Tic-tac. Al principio te sorprendes y piensas que es algo pasajero, que se te acabará pasando; además, a ti nunca te han gustado los niños, y menos aún con la de planes que tienes ahora por delante y lo liada que estás en el trabajo, donde acaban de darte más responsabilidades y te han prometido que en pocos meses te subirán el sueldo. Pero pronto te darás cuenta de que no hay manera de pararlo ni de dejar de oírlo. Tic-tac. Tic-tac. Aunque tratas de ignorarlo, llega un momento en que ya no oyes otra cosa. TIC-TAC, TICTAC, TIC-TAAAAAAAAC. Y no puedes pensar en nada más. Quieres un hijo. Lo quieres ya. No puedes quitarte la idea de la cabeza. Vas por la calle y sólo ves mujeres embarazadas («Ya quisiera estar yo así»), bebés («Lo quiero como éste, gordito y con poco pelo»), niños («Vaya trastazo se ha dado ese

enano. Yo, al mío, no lo dejaría subir tan pequeño a ese tobogán tan alto. Lo llevaría siempre de la mano»). El mundo entero se está reproduciendo menos tú. Se te está pasando el arroz, se te está pasando el arroz, te repiten tu madre y tu tía abuela. Que ya no tienes veinte años. Y, probablemente, ni treinta recién cumplidos. El arroz, el arroz. El maldito arroz. Que parece que no se habla de otra cosa, ni que estuviéramos en la Albufera de Valencia. TIC-TAC, TIC-TAC, TIC-TAC. Empiezas a contar ya qué fecha sería dentro de nueve meses. Mayo: un mes precioso para nacer. Agosto: habría que cancelar ese viaje que teníamos previsto a Croacia. Diciembre: ¡un bebé!, qué buen regalo para todos y qué entrañable. El mundo entero, toda tu vida presente y futura dependen ahora de un hipotético embarazo. Si tienes pareja, que se prepare. Primero te pondrás a ello de manera casual, a ver si hay suerte. Pero si la puntería falla a la primera, irás afinando tu táctica. Te lo leerás todo. Estudiarás minuciosamente tu ciclo menstrual, harás un calendario con todas tus reglas de los dos últimos años, y hasta de años anteriores, para conocer tus ritmos. Y pondrás todo tu empeño en los días fértiles.

Cada mes esperarás la llegada de la regla con verdadera angustia, incluso en alguna ocasión llorarás desconsolada al ver que te baja la menstruación. Y vuelta a empezar. Si a los pocos meses no hay novedades, empezarás a angustiarte y te comprarás un test de ovulación para dar con la fecha exacta, no sea que estés calculando mal los días fértiles y desperdiciando energía en balde. No hay tiempo ni energía que perder. TIC-TAC, TIC-TAC, TIC-TAC. El arroz. El arroz. Ahora sí: que se prepare tu pareja. El invento te señalará con exactitud cuál es tu día fértil. Pero sin antelación; así que dispondrás sólo de cuarenta y ocho horas, o quizá menos, para actuar. No hay tiempo que perder. Tendrás que atacar a tu pareja inmediatamente, aunque sea después del desayuno antes de ir al trabajo, o sacarlo de una reunión importante si fuera necesario, porque esto es

más importante. No hay nada más importante en el mundo. Te dará igual que tenga fiebre, indigestión o, lo más normal, que no tenga ganas. ¿Ganas? ¿Quién habló de tener ganas? Tú tampoco tienes ganas. Esto es algo diferente. Ya no es diversión, no es placer, es reproducción. Tu pareja convertida en un hombre objeto. En un inseminador. No hay mejor manera de arruinar la vida sexual de una pareja que esta furia reproductiva (ya ni te cuento si te da por preferir ciertas posturas o por colocar las piernas en alto después, o incluso por hacer el pino para favorecer el ascenso de los espermatozoides). Pero todo está justificado con tal de lograr que en el test de embarazo aparezcan, ¡por fin!, dos rayitas paralelas.

Embarazada y pasmada

Una raya y media, clarísimamente, una raya y media. No una raya ni dos, sino una y media. Eso es lo que veo en el test de embarazo que he comprado en la farmacia, después de escabullirme del trabajo a media mañana para poner fin a la incertidumbre que me lleva corroyendo desde hace tres días, cuando tendría que haberme venido la regla. Releo las instrucciones del test este tan rudimentario que me han vendido, pero no se menciona en ninguna parte la posibilidad de que aparezca sólo raya y media. Solo especifica que si sale una raya no estás embarazada, si salen dos, sí. ¿Y si sale una y media? ¿Estoy un poco embarazada? ¿Existe algún otro estado intermedio del que nunca antes he oído hablar? ¿Será que la concepción se está produciendo en este preciso instante y por eso todavía no estoy embarazada del todo?

Pienso que el test tal vez está defectuoso y corro a comprar otro; repito la prueba en el baño y me vuelve a salir, milímetro por milímetro, la misma raya y media. No puede ser.

Cuando llega mi marido del trabajo, le enseño malhumorada la fatídica tirita. «¿Qué ves aquí? ¿Una raya o dos?», le pregunto con tranquilidad para no influir en su respuesta. «Una raya y media», contesta sin inmutarse, como si le estuviera preguntando si llueve en la calle.

Esa ambivalencia del test, ni sí ni no, es el perfecto reflejo de mi estado de ánimo ante el embarazo. Yo esperaba que, como ocurre en las películas, una emoción inabarcable, una felicidad sin límites se apoderara de mí y me abriera los ojos a una nueva realidad, transformando por completo mi manera de ver las cosas. Al menos eso es lo que venden las películas, pero la vida no es precisamente un guión *made in Hollywood* y yo sigo sin saber qué pensar ni qué sentir. Me paso todo el día como atontada, tratando de asimilar este hipotético embarazo. No lo hablo mucho con el padre de la hipotética criatura, porque no sé muy bien qué decir. Imagino que él tampoco. El hecho de no saber a ciencia cierta si estoy embarazada no me ayuda lo más mínimo. No estoy ni triste ni contenta, sólo pasmada. No sé a qué atenerme. Siento una serenidad tan serena que raya en la indiferencia, nada que ver con esa tierna escena que se ve en las películas, de la mujer temblorosa dándole la noticia a su marido. ¿Y mis muchas ganas de tener un hijo? No entiendo nada.

Primera revisión

Ha pasado otra semana y la regla, que durante veinte años me ha torturado con implacable puntualidad, sigue sin venirme, así que parece que la raya y media quería decir embarazo. Me decido a ir al médico, un hombre serio poco amigo de concesiones. Lo primero que me dice cuando le comento el motivo de mi visita es que un embarazo «no es una patología, sino una situación fisiológica normal». No sé si lo hace para tranquilizarme, pero lo cierto es que no lo

logra. Me dice que vuelva dentro de tres semanas para la primera revisión. Salgo de su consulta en estado de shock: una situación fisiológica me va a ir deformando por dentro durante nueve meses. Seré un monstruo, y en principio no me parece normal ni algo de lo que alegrarme.

Para ir asumiendo mi nueva situación fisiológica normal, llevo varios días repitiéndome a mí misma: «Estoy embarazada, estoy embarazada», aunque sin mucho éxito. Me siento perfectamente, ni siquiera tengo náuseas que me ayuden a ser consciente del cambio. Sólo tengo una tremenda impresión de fragilidad —por otra parte, completamente subjetiva y sin ninguna base real—, y esto hace que me mueva con absurdo cuidado, como con miedo de que se rompa algo dentro de mí. Vivo mi vida a cámara lenta, e incluso dejo de hacer deporte; hasta que caigo en la cuenta de que es ridículo y vuelvo a comportarme con normalidad, llegando casi a olvidar que estoy embarazada.

A pesar de que me encuentro muy bien y supongo que estoy felicísima —¿no debería estarlo?— ante la perspectiva de tener un hijo dentro de unos meses, no comparto en absoluto la visión lírico-poética del embarazo. Para mí, ya podéis llamarme desalmada o desaprensiva, éste es un trance que preferiría evitar y un honor que habría cedido de mil amores al padre de la criatura si la naturaleza lo hubiera permitido (sí, la adopción habría sido una opción, lo sé, quizá la única factible, porque lo de las madres de alquiler es ilegal en nuestro país y por desgracia la gestación extrauterina aún no se ha desarrollado. ¿A qué espera la ciencia?). Además, me horroriza sobremanera tener que visitar asiduamente al ginecólogo. Así que, cuando me veo despatarrada con las piernas en alto en esa especie de potro de tortura, me recorre un escalofrío y no puedo evitar pensar quién me mandaría a mí y qué necesidad tenía yo de someter mi cuerpo a este calvario.

Por supuesto, no le comento nada de esto al doctor y me someto sin objeciones a esa violación tecnológica de-